



EL PEDAGÓGICO ESPAÑOL DE MUNICH

ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

«El 27 de agosto de 1913 fue uno de los más hermosos días de mi vida—escribía en sus *Impresiones*—, cuando se inauguró el *Pädagogium* con 28 niños... En esta casa deseo formar una escuela de maestros españoles conforme al modelo alemán. Quiero unir mis dos países con un lazo de paz que signifique amistad y sea más fuerte que todos los tratados políticos» (1), así Paz de Borbón nos hace partícipes de sus ideas y anhelos.

En esa jornada de agosto de 1913 el Pedagógico español de Munich inició, pues, ahora ya oficialmente, su andadura pública y su quehacer docente. Atrás quedaban once años de esfuerzos para hacerlo realidad, superados todos los obstáculos gracias al tesón de su promotora (2). La escuela inaugurada

(1) Infanta Paz y comentarios del príncipe Adalberto, *Cuatro Revoluciones e intermedios*, Madrid, 1935, pág. 243.

(2) El *Pädagogium* funcionaba con anterioridad, pues en una carta fechada en Madrid, el 26 de septiembre de 1911, de su nuera Doña María Teresa a Doña Paz, se lee: «Ayer me dijo mamá que había visto los niños cuando pasaron de vuelta a San Sebastián. (La Reina Cristina pagaba el viaje a los chicos del *Pädagogium*, que iban cada dos años, alternando, a ver a sus familias en las vacaciones.) De los 28 alumnos con que contaba el *Pädagogium* el día de su inauguración, llegó a tener hasta 38 escolares. La enseñanza bilingüe era impartida por profesores alemanes y españoles, bajo la dirección del sacerdote Gonzalo Sanz. *Opus cit.*, pág. 272.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

ese día —*Spanisch Pädagogium*, como se denomina en lengua alemana— era un centro de enseñanza singular en donde un escogido grupo de estudiantes españoles completaría su formación conforme a los más modernos métodos didácticos, siempre dentro de la óptica de la ortodoxia católica, es decir, «pedagogía alemana con corazón español». La fundadora se propuso formar, en último término, una élite de educadores que llevaran a España los logros de la didáctica alemana y así cooperar también a que se produjera una mayor sintonía entre ambos países, por ella queridos. Paz de Borbón hacía votos por un centro «donde se prosiga esa labor de expansión espiritual de España y propaganda patriótica, al arrullo de los cantos que entonan los forjadores de almas en el yunque de la escuela» (3).

Se impartiría enseñanza bilingüe bajo la dirección conjunta del sacerdote Gonzalo Sanz —canónigo de Salamanca, en 1910— y el padre Hartman, franciscano alemán, asistidos por un equipo de maestros alemanes y españoles. La intendencia y la enfermería estaban a cargo de la propia doña Paz. Tras superar los exámenes correspondientes, los más dispuestos o más capacitados podrían continuar su formación en otros centros oficiales de grado medio o incluso cursar estudios universitarios en Alemania. Una vez conseguida la titulación de grado superior, se contemplaba su regreso a España.

María de la Paz de Borbón y Borbón, hija de la Reina Isabel II y del Rey consorte Francisco de Asís, nació en Madrid el año 1862. Dice Marañón (4) de ella que «Doña Paz es la española burguesa, puritana, capaz de conservar intactos sus rasgos de gran ama de casa celtibérica a través de medio siglo de vida exótica y su categoría egregia en el fondo de un hogar que no era distinto de cualquier otro». Con sus hermanas doña Isabel y doña Eulalia, fue elocuente protagonista de la Restau-

(3) Infanta Paz, *opus cit.*, pág. 244.

(4) Melchor de Almagro San Martín, *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, prólogo de Gregorio Marañón, tomo I, Ediciones Atlas, Madrid, 1946, págs. 11 y 12.



ración y de su época. «En su tiempo, —prosigue Marañón— las tres ilustres hermanas iban y venían por el tablado de la Corte, como grandes figuras decorativas que sólo de cuando en vez suscitaban un comentario amable o picaresco, a propósito de un gesto que habían hecho o de una frase que habían dicho o que la leyenda les hacía hacer o decir». Eran las hijas de la reina castiza, las hermanas de Alfonso XII, y como tales, representantes de una singular generación de la realeza española, a la que dieron un carácter vivo y natural. Ellas supieron olvidar hechos pretéritos y, sin relegar nunca su españolidad, evolucionar con la historia; de ese modo, gracias a un gran sentido práctico, pudo arrinconar lo obsoleto y no obstante conservar lo positivamente valioso.

Melchor de Almagro, escritor con tanta gracia como escaso rigor, trazó los que quizá sean los retratos literarios de estas infantas más divulgados:

Alfonso XII solía decir que su hermana Isabel constituía el orgullo de la casa; Eulalia, la alegría, y Paz, la tranquilidad. De las tres, era ésta, sin duda, la que más se asemeja en el semblante a la reina Isabel II. Como ella, es ligeramente disimétrica y propensa a cierta mueca familiar que tuerce la boca. La nariz algo respingona, los ojos pequeños y maliciosos, el porte sencillo y hasta modesto.

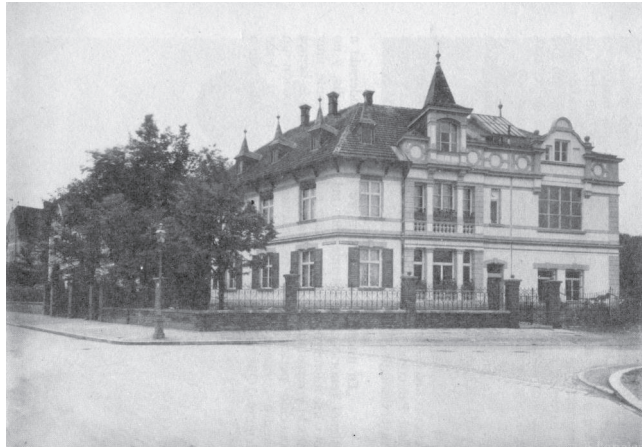
A pesar de largos años pasados fuera, conservó su españolismo racial en gestos y costumbres. Habla muy bien su lengua adoptiva, pero prefiera usar la del nacimiento, que maneja a la madrileña, con ese tono ronco y nasal de por aquí (5).

La semblanza, no exenta de respeto, está escrita con desenvoltura y agudeza. Si bien es engañosa, a nuestro juicio, porque doña Paz, ni en la facha ni en la fachenda, guardaba mayor parecido con su madre. Doña Isabel II poseía una pre-

(5) Melchor de Almagro San Martín, *La Pequeña Historia. Cincuenta años de vida Española (1880-1930)*, Afrodisio Aguado S.A., Madrid, 1954, pág. 173.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ



El edificio del Pedagógico en Munich

sencia opulenta y un gran empaque y la Infanta, por su parte, tenía —y son sus propias palabras— «el porte sencillo y hasta modesto». En la traza y en el genio, lo que en la Reina resultaba ser exceso, en su hija era mesura. Lo innegable es que madre e hija congeniaron siempre y se manifestaron, en todo momento, un amor entrañable mutuo. Ambas se entregaron apasionadamente a la Religión Católica, a España y a la familia; en otra escala de valores, sus intereses más altos iban encaminados a las bellas artes y a la música.

En 1868, al iniciarse la revolución que destronó a su madre, se vio obligada a trasladarse a Francia, país donde recibió su primera formación. María de la Paz alcanzó a conocer el imperio de Napoleón III y se adaptó sin dificultad a la vida de la III República. En 1869 ingresó en el colegio del Sagrado Corazón, en el número 77 de la calle de Varennes, donde permaneció desde esa fecha hasta 1875, con la excepción del tiempo de la Comuna de París, en 1870-1871. El 30 de diciembre de 1874, con la restauración de la monarquía en la figura de Alfonso XII, se inicia un nuevo periodo en la historia de España, que supondrá para María de la Paz un cambio radical en su forma de vida. En 1875, tras siete años de destierro, regresa al Palacio Real de Madrid. Paz y sus hermanas Pilar y Eulalia, siempre vigiladas por Isabel, nuevamente princesa de Asturias,



asumen las obligaciones propias de su rango con la dignidad que su juventud les permite.

El exilio parisino tuvo su lado positivo, ya que, apartadas de las obligaciones de la Corte, tuvieron la posibilidad de adquirir una moderna educación como particulares. Nuevamente en España, María de la Paz mostró disposiciones para el cultivo de la literatura y las bellas artes. Alumna, junto a sus hermanas, del pintor Carlos Múgica, que le enseñó los rudimentos de su arte. No obstante, su auténtica vocación siempre habían sido las letras; de entonces datan algunos poemas y artículos literarios, publicados en las revistas *Época* y en *La Ilustración Española y Americana*. En 1883, para «proporcionar una alegría a la familia», su hermano el Rey mandó imprimir, en Madrid, un pequeño volumen titulado *Poesía de Paz de Borbón*, cuyos versos seducen por su delicadeza y contenido patriótico. El libro sería reeditado, once años después, en Freiburg im Bresgau (Alemania).

Pese a la satisfacción del regreso a la patria, las reiteradas muertes de personas muy queridas apenaron su vida. Primero fue el fallecimiento de su joven cuñada, la Reina María de las Mercedes, después el repentino fin de su hermana Pilar, al que siguió el del Alfonso XII. Entre tantos acontecimientos desgraciados, se produjo un hecho feliz: su matrimonio con el príncipe Luis Fernando de Baviera. La boda se celebró en Madrid el año 1883, y de este enlace nacieron tres hijos: Fernando (1884), Adalberto (1886) y Pilar (1891).

Su entusiasmo literario inició a la Infanta en el cultivo del ensayo y la crónica. Sus artículos aparecieron en revistas y periódicos tanto españoles como alemanes. Colaboró asiduamente en *ABC*, donde firmó escuetamente con su patronímico Paz. Aquellas «Impresiones de mi vida» eran relatos de viajes o imágenes de la vida social, plenos de ingenio y claridad. Escritos que confirmaban la integridad de su alma y su vasta cultura.

Asimismo escribió *Emmanuela Teresa de la Orden de Santa Clara, hija del elector Max Emmanuel de Baviera, 1695-1750*, publicado en alemán y francés, impreso en Munich el año



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

1902; *Buscando las huellas de Don Quijote*, Freiburg, 1905, como sentido homenaje a Miguel de Cervantes, en el tercer centenario de la publicación de su inmortal novela; *Mi vida, impresiones*, Madrid, 1909, reimpresso en Salamanca en 1911; y *Roma aeterna* (que en español tituló *Mi peregrinación a Roma*), Munich, 1922. La Infanta llevó durante casi toda su vida un diario, *Aus meinem Leben, Erinnerungen von Prinzessin Ludwig Ferdinand von Bayern* (*De mi vida. Recuerdos de la Princesa Luis Fernando de Baviera*), en el que se basó su hijo Adalberto para la redacción de *A través de cuatro revoluciones e Intermedios. Setenta años de mi vida. Memorias de la Infanta Paz*; ordenada y traducida al español por ella misma, en colaboración con Félix Díez Mateo. Este último afirma en el prólogo a la edición castellana que «es un precioso estudio de historia contemporánea, vivido por su autora en condiciones privilegiadas para explicar a los españoles hechos de alto interés que el pueblo siente, aunque no es capaz de comprender por el velo oficial que los encubría».

A partir de 1885, ya en Munich, los príncipes vivieron en el palacio Luis Fernando (6), en la céntrica plaza Wittelsbacher, para luego instalar su principal morada en Nymphenburg. Sin abandonar sus deberes como oficial de la Real Caballería bávara, Luis Fernando de Baviera se propuso iniciar estudios universitarios de Bacteriología, pero su esposa le sugirió los de Medicina, ya que así podría ayudar de manera más directa a sus semejantes, por lo que se matriculó en la facultad de Munich. Si bien su primo hermano el rey Luis II de Baviera se inclinaba obsesivamente por el arte, la música y la literatura, como es bien sabido, no dejó de interesarse por las ciencias, y debido a ello seguía de cerca los pro-

(6) El palacio Luis Fernando (*Palais Ludwig Ferdinand*), en el número 4 de la plaza Wittelsbacher, de Munich, fue edificado en 1825 según planos del arquitecto Leopold von Klezen, en estilo clasicista. Destinado a servir de morada a la familia del príncipe Adalberto cuando abandonaron el palacio de la Residencia. En 1878 era propiedad de los príncipes Luis Fernando y Alfonso, de ahí su nombre. En la actualidad es la sede administrativa de la empresa *Siemens*.



gresos de Luis Fernando en el campo de la Medicina. En cierta ocasión le preguntó el rey a doña Paz si estaba de acuerdo con que su marido fuese médico, y ella le respondió que le gustaba que tuviese otros intereses a más de los estrictamente representativos y que finalizados sus estudios pudiera ayudar con sus conocimientos a curar enfermos. No era frecuente por entonces que un príncipe estudiase Medicina; no obstante, en la familia real existía el precedente en la figura del duque Carlos Teodoro en Baviera (1839-1909), oculista famoso, tío segundo de Luis Fernando, hermano de la emperatriz Isabel (Sissi), esposa de Francisco José I de Austria, y padre de la reina Isabel de Bélgica. Se doctoró con una tesis dirigida por el profesor Max van Petterkofer (1818-1901) y titulada: *El órgano anatómico de la lengua y sus enfermedades*, publicada en 1885. Por sus conocimientos anatómicos, el príncipe destacó como ginecólogo y cirujano médico.

Por su parte, doña Paz comenzó a trabajar, a poco de llegar a la capital bávara, en la «Asociación de Mujeres Católicas», institución que llegaría a presidir y en la que dejó una imborrable memoria. En 1888, inició su labor en el pequeño hospital de los Caballeros de San Jorge; no obstante, la escasez que padecía esta Orden motivó que, en 1902, solicitara del papa León XIII el traspaso de su administración a la Venerable Orden Tercera, que poseía mayores recursos económicos y humanos. El Santo Padre accedió a su petición y la Infanta viajó a Roma para agradecer personalmente la entrega. Ese sanatorio, con el transcurrir del tiempo, se convertiría en el actual gran hospital de la Orden Tercera de Munich; en él doña Paz no sólo ocupó cargos de representación sino que, además, trabajó como vigilante y enfermera.

En ese centro de Salud, el príncipe Luis Fernando atendía de forma gratuita a los desvalidos, a quienes suministraba, en muchas ocasiones, la medicación requerida a expensas de su bolsillo. Asimismo, al sentido de la caridad propio de doña Paz se debe la erección del orfanato «María Luis Fernando», ubicado en el edificio número 12 de la calle Roman, en las



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

proximidades de Nymphenburg, para cuya fundación contribuyeron sus amistades de España.

En cuanto a la carrera militar del príncipe, en 1888 ascendió, por méritos propios, al empleo de general de Caballería; en 1891 fue promovido a general de división y destinado al segundo cuerpo de Caballería Pesada; en 1910 formó parte de la Jefatura de Sanidad Militar. En 1915 fue ascendido al grado de inspector general médico honorario de los Reales Ejércitos de Baviera. Durante la Gran Guerra (1914-1918) ejerció, como cirujano jefe de departamento, en el hospital militar de la plaza de Munich; terminaba la contienda, continuó como civil con la práctica de la Medicina y esto hasta que lo avanzado de su edad se lo impidió. Cultivó también las bellas artes y el deporte. Compositor y, en incontables ocasiones, concertino de la orquesta del teatro del Príncipe Regente. El gran músico muniqués Richard Strauss (1864-1949), amigo del matrimonio principesco, compuso en 1894, a instancias de la Infanta, el poema sinfónico *Don Quijote de la Mancha*. Strauss viajó a España en 1898 y, gracias a las recomendaciones de doña Paz, tuvo en nuestro país la mejor acogida. El 18 de abril ese año escribió la Infanta Isabel (7) a su hermana:

Te he prometido un capítulo especial acerca de Strauss. Nadie me ha gustado tanto como él por su manera de dirigir. Sólo es comparable Levi —Hermann Levi, destacado wagnerista— con él; pero Strauss es más joven y, por consiguiente más fogoso. Me entregó tu carta, y he hecho por él y por su mujer cuanto he podido. Espero que lleven grata impresión de su estancia en Madrid, pues desde la Reina —se refiere a María Cristina de Austria, viuda de Alfonso XII— al último, todos le hemos aplaudido. Es asombroso su modo de dirigir; sus composiciones son de difícil comprensión y, sin embargo, el público le ha acogido con entusiasmo.

La Infanta consiguió atraer en torno suyo a notables representantes de las artes y de las ciencias, y sus salones en el pa-

(7) Infanta Paz y príncipe Adalberto, *opus cit.*, pág. 239.



lacio de Nymphenburg fueron punto de encuentro entre los intelectuales alemanes y cuantos españoles visitaban Munich. Entre los artistas doña Paz se sentía realizada, mucho más a gusto que en los banales círculos cortesanos o en las solemnidades palaciegas. Con el tiempo, comprendió que en su nueva patria los asuntos sociales y la educación escolar encontraban ya una adecuada solución. Desde aquel tiempo, no dejó de pensar en la posibilidad de formar en Alemania a maestros españoles que llevasen a nuestro país la semilla del progreso en los diversos campos del saber. Su reflexión se centraba en cómo lograr ese propósito. La conclusión surgió en abril de 1902, en Épinay-sur-Seine, mientras asistía a su padre en los últimos días de su vida. En Épinay conoció a Gonzalo Sanz,



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

joven sacerdote salmantino, que había estudiado en París y tenía ideas semejantes a las suyas. Sanz le ofreció su cooperación y, sin dudarle, se trasladó a Munich para estudiar alemán. En la ciudad del Isar, ambos, proyectaron el futuro instituto. El sacerdote viajaría a España, donde se encargaría de buscar y seleccionar a los futuros alumnos de la escuela. De ese modo llegaron al país germano para aprender su lengua los tres primeros alumnos, niños sin recursos económicos en sus lugares de origen, y que fueron matriculados en el colegio de Neuhausen. Las dificultades seguían, ya que, sorprendentemente, los eventuales candidatos manifestaban poco interés por estudiar en Alemania. Poco a poco, sin embargo, fueron apareciendo jóvenes atraídos por el proyecto. Mientras, el Gobierno español les concedió una subvención y les ayudó en los necesarios trámites, lo que hizo posible recibir un mayor número de alumnos e incluso planear un edificio para el Pedagógico.

Del libro *A través de cuatro revoluciones* copiamos algunas palabras, que corroboran, en boca de los protagonistas mismos, lo reseñado:

Mi madre empezó a partir de su llegada a Baviera con sus obras de caridad. Primero amplió, en las cercanías del palacio de Nymphenburg, un asilo para niños pobres, que se llama Princesa María Luis Fernando, obra en la que le ayudaron muchos buenos amigos desde España. Trabajó así en otras asociaciones caritativas, y ayudó, de una manera especial, a las casas de acogida para mujeres jóvenes sin hogar, y a las misiones. El padre capuchino Cipriano, que falleció en la década de 1930, fue entonces su guía, aconsejándole los caminos apropiados para poder hacer el bien. Junto a este religioso creó la «Legión de los Niños», a cuya directiva incorporó, años más tarde, a su hija la Princesa Pilar. Los niños de esta Legión tenían que unirse para, por medio de regalos y trabajos, ayudar a otros más necesitados (8).

(8) Infanta Paz y príncipe Adalberto, *opus cit.*, pág. 242.



Los alumnos del Pedagógico en los jardines de Nynphenburg

La fundación del Pedagógico motivó que, por vez primera, la Infanta se alegrara de recibir una condecoración (9). Queriendo poner de manifiesto la importancia de su obra, el Consejo de Ministros propuso al Monarca conceder a doña Paz la Gran Cruz de Alfonso XII —en la actualidad es la Orden de Alfonso X el Sabio—, creada para premiar a quienes han trabajado ejemplar y desinteresadamente en favor de las Artes y las Ciencias.

El rey accedió gustoso, teniendo en cuenta, además, la gran estima que la Infanta profesaba al recuerdo de su malogrado hermano, en cuyo honor se había creado ese galardón. Cuando se conoció la noticia llovieron las felicitaciones. Su hijo don Fernando escribió a Munich: «Mamá se va a alegrar porque además todo ha sido a iniciativa de los intelectuales y del Rey, que de esta forma han querido recompensar su obra». La Infanta Isabel, en carta fechada el 12 de enero de 1915, le escribe: «No quería acostarme antes de expresarte mi más cordial alegría por la Gran Cruz de Alfonso XII que el Rey te ha concedido. Es el elogio a una Infanta que en otro país también trabaja por el bienestar de España. Todas las gentes sin excepciones se alegran por ello, particularmente los literatos y hom-

(9) Infanta Paz y príncipe Adalberto, *opus cit.*, pág. 244.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ



Aula del Pedagógico

bres de ciencia, que están convencidos de la importancia que en el futuro tendrá el pedagogium. Recibirás muchas condecoraciones, pero pocas que como ésta lleguen tan al fondo del corazón, ya que conozco lo que significa para ti la orden que lleva el nombre de nuestro hermano el Rey, cuya memoria, estoy segura, estimarán aún más las futuras generaciones. También estoy satisfecha porque eres la primera mujer que la recibe».

En 1915, el segundo año de vida del colegio, ya contaba éste con treinta y cinco alumnos. Estaba ubicado en la calle Lipowsky en Neupásing am Kanal, en un moderno edificio ajardinado de dos plantas, con cuidadas y luminosas aulas, provistas de mobiliario y de equipo para la instrucción. Allí permaneció hasta su cierre. Cuando se consideró que los alumnos dominaban el alemán, fueron trasladados a la Escuela Normal de Maestros, en Pásing. Desgraciadamente sus comienzos coincidieron con el inicio de la Gran Guerra; a medida que ésta transcurría, y por sus efectos devastadores en todos los terrenos de la sociedad europea, se hacía más y más difícil su continuidad. La derrota de Alemania, unido a los desórdenes públicos a que dio origen, acabaron con el Pedagógico. Con todo, durante el lustro en que tuvo abiertas sus puertas, cosechó muchos elogios por sus logros. En el año 1916 fue visita-



do por el socialista Kurt Eisner, futuro primer presidente de la República bávara de los Consejos, quien se mostró entusiasmado. El 24 de enero de 1917, con ocasión de la onomástica de la Infanta, los alumnos Domingo Sánchez, Francisco Oliva, Pedro López de Ayala, Miguel Aparicio, Florentino Tarragó y J. Valiente la felicitaron, confeccionado en su honor un artístico pergamino.

En 1918 la situación de Alemania era pésima y la de Munich no iba a ser una excepción. El espectro del hambre mostraba en todos los rincones su terrible máscara; el país había sufrido durante los cuatro años de guerra incontables privaciones y sufrimientos. El palacio de Nymphenburg no se libró del calamitoso estado general. Su despensa quedó vacía y el abundante vestuario de sus inquilinos desapareció, en socorro de los que nada tenían. En semejantes circunstancias, y tras los desórdenes que ocasionaron la implantación de la República alemana, la continuidad del Pedagógico resultaba imposible. La propia Infanta explicó en 1929, en un número especial de la revista *Deutsche Illustrierte Rundschau* dedicado a España, las razones que la obligaron a su cierre.

En su última visita a la amada España, en marzo de 1930, y antes de abandonar Madrid, reunió a los antiguos alumnos del Pedagógico. Habían transcurrido doce años desde su clausura y aquellos niños de ayer se habían convertido en hombres. Eran sólo unos pocos, pero esos pocos justificaban ampliamente su esfuerzo. El lema «pedagogía alemana con corazón español» se demostraba en ellos con todo su sentido y doña Paz se sintió gozosa con el resultado de su obra. Cuando su hijo el príncipe Adalberto estuvo como embajador de la República Federal de Alemania en España —desde 1952 a 1956—, pudo cerciorarse de que la mayoría de los antiguos alumnos de la escuela fundada por su madre habían logrado una envidiable posición en nuestro país.

En su obra Paz, dice Miquel Ballester (10):

(10) Miquel Ballester y Rocamora, Recordando a María de la Paz. La Infanta pacifista, Madrid, 1996.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

Un día vino a la Embajada de Alemania una visita inesperada: El profesor de la Universidad de Salamanca y director del Instituto Ramiro de Maeztu, Domingo Sánchez, que había sido uno de aquellos niños del *Pedagogium Español* que Paz había educado en Alemania. Esa visita constituyó para el embajador una gran alegría que veía de ese modo el fruto del gran proyecto educativo de su madre.

La Infanta vivió en Alemania casi sesenta años, sin embargo permaneció íntimamente unida a los más hondos afectos del pueblo español. Durante las dos guerras mundiales estuvo siempre de parte del pueblo alemán, aunque con serias reservas sobre sus dirigentes. Pacifista desde lo profundo de su alma, su principal meta fue inalterablemente la concordia y la amistad entre las naciones, haciendo así honor al significado de su nombre. A la memoria de esta gran española y gran alemana se le pueden aplicar aquellos versos que escribiera su buen amigo Paul Heyse (1830-1914), premio Nobel de Literatura, enamorado de Munich y muniqués de cuerpo entero, en *La incurable*:

y cuando la plácida ola de la paz
sepulte el incierto porqué del tiempo
se hará la aurora ante los sentidos
y alboreará el resplandor de la eternidad

Esta mujer, fervorosa creyente, encontró en la religión el consuelo que precisaba en los tristísimos y terribles tiempos de su ancianidad, quizá apoyada en la célebre frase de Santa Teresa de Ávila: «Nada me turba, nada me espanta, sólo Dios me basta».

Espiada y amenazada por el régimen nacionalsocialista —el *Völkischer Beobachter* (*El Observador Popular*), periódico oficial del partido, la había atacado desde 1923—, acudía diariamente a su despacho de Cruz Roja y en ayuda de cuantas personas la necesitaron. A pesar del riesgo que entonces significaba, proporcionó permisos y medios para viajar a París a una conocida dirigente judía, Konstance Hallgarten.



*La Infanta Paz por F. Lenbach en 1894
(Museo Nacional de El Prado – Madrid)*

La muerte le sobrevino en Munich, el 3 de diciembre de 1946. El ataúd donde descansaba su cuerpo fue alzado y transportado por los brazos agradecidos de doce españoles, sobrevivientes de los campos de exterminio nazis, que habían encontrado acogida, tiempo atrás, en el bombardeado palacio de Nymphenburg, y en cuya reconstrucción participaron activamente.

De sus hijos:

El primogénito fue don Fernando María (1884-1959), que alcanzó en Baviera el grado de teniente de Caballería; en 1905 se naturalizó español y casó con su prima la Infanta María Teresa, hija de Alfonso XII. Don Fernando de Baviera ascendió al empleo de general de división del Ejército español. Durante el régimen del general Franco supo mantenerse en su lugar, en un difícil equilibrio entre su fidelidad monárquica y la convivencia con las autoridades. Permaneció inamovible en el afecto y fidelidad a su cuñado el rey y a la causa que a la muerte de Alfonso XIII representó su hijo don Juan, conde de Barcelona. Don Fernando María presidió, casi cincuenta años, el Real Cuerpo colegiado de la Nobleza de Madrid, caballero profeso, trece y comendador ma-



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

yor de León en la Orden militar de Santiago; primer presidente de la Asociación de Hidalgos a Fuero de España, de la Junta directiva del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica, baylo-presidente de la Soberana y Militar Orden de Malta en su Asamblea española. Presidió diversos Congresos y la Comisión Redactora del Proyecto de Estatuto Nobiliario, y también asistió, como presidente, al tercer Congreso de Genealogía y Heráldica. Poseía el Toisón de Oro y de la Orden de San Huberto de Baviera, además de otras muchas importantes condecoraciones nacionales y extranjeras. A lo largo de toda su existencia, el Infante de Baviera se esforzó en mantener firmes los estrechos lazos de unión entre su familia bávara y España. En sus últimas voluntades dispuso que sus restos mortales descansaran en la cripta de la catedral de la Almudena. Esa bóveda está situada justo enfrente del solar donde se levantaba su palacio de la Cuesta de la Vega, que se había visto forzado a abandonar en abril de 1931.

El segundo de hijo Doña Paz fue el príncipe Adalberto (1886-1970), jefe en el ejército bávaro, doctor en Filosofía por la Universidad de Munich, miembro permanente de la Comisión de la Academia de Ciencias de Baviera, óptimo historiador, presidente de la Cruz Roja bávara, caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, gran cruz de Carlos III de España, San Huberto de Baviera, Águila Negra de Prusia, de la Orden de Santiago y del Real Cuerpo Colegiado de la Nobleza de Madrid. Murió el día 29 de diciembre de 1970, y sus restos mortales descansan en la cripta de la iglesia de San Miguel, inmediato al lugar donde reposan los restos de sus padres. Contrajo matrimonio con la condesa Augusta von Seefried Auf Buttenheim, que le sobrevivió siete años y murió también en Munich; dama de la Orden de María Luisa de España, y de las de Isabel y Teresa de Baviera. De ese enlace procedieron los príncipes Constantino —escritor y político, diputado al parlamento Federal—, fallecido en accidente de aviación el 31 de julio de 1969, que dejó descendencia; y Alejandro de Baviera, nacido en 1923 y muerto, soltero, en 2001, dotado de inteligencia y simpatía, amén de una extraordinaria memoria, que tuvo la generosidad de poner sus conocimientos y recuerdos a mi disposición, enriqueciendo con ellos singularmente este trabajo.



María del Pilar de Baviera y Borbón, princesa de Baviera, fue tercer vástago y única hija de Luis Fernando de Baviera y de la infanta María de la Paz; nació en el castillo de Nymphenburg, Munich, el 13 de marzo de 1891, y murió en el mismo lugar de su nacimiento, el 29 de enero de 1987, a los 96 años de edad. Deportista apasionada. En tiempo de guerras (1914-1918 y 1939-1945) fue enfermera voluntaria, asistente de quirófano y en las salas de radioterapia de la policlínica de la Cruz Roja, en la Neusbaumstrasse de Munich. Licenciada en Historia del Arte, Pintura y Artes Gráficas. Como escritora, es autora de *En auto a España, páginas de un diario (Im Auto nach Spanien, Tagebuchblätter)*, publicado en 1910 y reeditado en 1912 con el título de *Mi segundo viaje en auto*, y de, conjuntamente con Desmond Chapman-Huston, *Alfonso XIII de España*. Perteneció a la «Asociación de Pintores y al Sindicato de los Viejos pintores de Munich». Se puede ver obra suya en la Galería del Estado Bávaro en Munich, en la Lenbach Haus, en la Galería Municipal y en muchas colecciones privadas.

La princesa Pilar seducía por su sencillez, afable y generosa; su fascinación emanaba, no sólo de su amplia cultura, sino de su inteligencia y convencido talante democrático. A los que tuvimos la suerte y el honor de tratarla, nos cautivó, además, por la viveza de su carácter y su llaneza no exenta de señorío.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO SAN MARTÍN, Melchor de: *La Pequeña Historia. Cincuenta años de vida Española. 1880-1930*, Afrodisio Aguado, S.A., Madrid, 1954.
- *Crónica de Alfonso XIII y su linaje*, prólogo de Gregorio Marañón, tomo I, Ediciones Atlas, Madrid, 1946.
- BALLESTER Y ROCAMORA, Miquel: *Recordando a María de la Paz. La Infanta pacifista*, Madrid, 1996.
- BAVIERA, Adalberto, príncipe de: *Die Wittelsbacher. Geschichte unserer Familie*, Munich, 1979.
- BAVIERA, Pilar, princesa de, y CHAPMAN-HUSTON, Desmond: *Alfonso XIII*, Editorial Juventud, Barcelona, 1975.
- BENTLEY, James; CATLING, Christopher, y LOCKE, Tim: *Munich y Bavier*, Barcelona, 1995.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

- BORDONOVE, Georges: *Los reyes locos de Baviera*, Luis de Caralt, Barcelona, 1966.
- CAMBA, Julio: *Alemania. Impresiones de un español*, Colección Austral, Madrid, 1968.
- Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, Espasa-Calpe, Madrid, 1908-1930, 82 vols., con apéndices y suplementos anuales.
- Eulalia, infanta de España: *Memorias*, Castalia, Madrid, 1991.
- FELIPE, R. P. Dionisio de: *Una toca entre Coronas*, Madrid, 1998.
- GAYA NUÑO, Juan Antonio: *Historia y Guía de los Museos de España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1955.
- GERD, Otto: *Munich*, Ediciones Schmid Verlag, Helmut, Regensburg, 1995.
- Gran enciclopedia Larousse* (10 vols., 1967-1972, y 1 volumen de suplemento), Planeta, 1977.
- IZQUIERDO HERNÁNDEZ, M.: *Historia Clínica de la Restauración*, prólogo de G. Marañón, Madrid, 1946.
- LA FUE, Pierre: *Historia de Alemania*, Ediciones Sura, Barcelona, 1953.
- Larousse, Nueva Enciclopedia*. 10 tomos, Planeta, Barcelona, 1981.
- LOUDA, Jirí (árboles genealógicos), y MACLAGAN, Michael (texto): *Lines of Succession. Heraldry of the Royal Families of Europe*, Macdonald Illustrate Book, 1991.
- LUARD, René, y María de la Paz, infanta de España y princesa de Baviera: *Cuatro Revoluciones e Intermedios. Setenta años de mi vida*. Comentarios del príncipe Adalberto de Baviera. Prólogo y notas de Félix Díez Mateo, Espasa-Calpe, Madrid, 1935.
- MARAÑÓN, Gregorio: *Españoles fuera de España*, Colección Austral, Madrid, 1979.
- Galería Biográfica de Artistas Españoles del siglo XIX*, Madrid, 1995.
- Wittelsbacher Lebensbilder von Kaiser Ludwig bis zur Gegenwart* (Imágenes de la vida de los Wittelsbacher desde el emperador Luis hasta hoy. Guía sobre los enterramientos en Munich), München. Alemania.
- ROCCA, Geoffrey: *Reyes con y sin corona*, Barcelona, 1962.
- RODEZNO, conde de: *Carlos VII, Duque de Madrid*, Colección Austral, Buenos Aires, 1948.

ENTREVISTAS:

- BAVIERA, princesa Pilar de: en el año 1971.
- BAVIERA, príncipe Alejandro de: en diferentes ocasiones entre 1983 y 2001.